

Juan Carlos Mestre: La sensibilidad del poeta a flor de piel

Su poemario «Antífona del otoño en el Valle del Bierzo» fue galardonado con el premio Adonais-85

Nacido en Villafranca hace 28 años, «junto a las altas liras de la aurora», periodista y poeta, Juan Carlos Mestre, premio Adonais 1985 por su poemario «Antífona del otoño en el Valle del Bierzo», sorprende al extraño por su personalidad toda poesía, por su tremenda amabilidad, incrementada quizá por el ligero acento sudamericano, meloso, con el que habla. Su extremada sensibili-

dad se advierte en el primer golpe de vista aflorando en los continuos ademanes, gestos, e inflexiones de la voz. La nostalgia que domina el libro premiado, escrito en Chile el pasado mes de agosto, surge a lo largo de toda la conversación cuando habla de El Bierzo, su patria chica, «a la que amo muy profundamente».



Mestre se siente contento de su vuelta a Villafranca, su pueblo natal, y dedica el premio «Adonais» a todos los villafranquinos que le iniciaron en la poesía.

Guillermina Lozano

Afirma sentirse «muy orgulloso» por haber conseguido el «Adonais», pero añade, particularmente modesto, que «el premio ha sido ganado por aquellos que realmente han escrito el libro, no por Mestre; el poeta es aquí el pródigo, el extranjero, el trasterado, cuya voz del recuerdo de la distancia le responde en la Antífona, que significa en griego «la voz que responde», los personajes de mi infancia, Antonio Pereira, mi maestro poético, Gilberto Núñez Ursinos, Nomberto Beveride, Victoriano Crespo y todos aquellos que se empeñaron en levantar sobre el tinglado del Jardín de Villafranca, cuya piedra me salpicó con su luz al nacer, la Fiesta de la Poesía, que me hizo despertar a la belleza y a la poesía, manteniéndome desde entonces escribiendo porque recordaba las voces de esos poetas, son ellos los que han ganado el «Adonais» con su esfuerzo.

—¿Cuándo empezó a manifestarse su «vocación» de escritor lírico?

—Empezó a escribir a los siete años, casi inmediatamente después de aprender a distinguir las letras, más o menos en la época en la que uno perdió la poca razón que le quedaba. En este sentido recuerdo a un personaje de mi infancia, el director del Instituto de Enseñanza Media de Villafranca, padre Escuro, para mí de oscura memoria porque me expulsó de su clase tras una sonora bofetada después de sorprenderme escribiendo un

poema muy lorquiano a una bella niña que estudiaba conmigo. Quizás como rebeldía a aquel acto de injusticia intelectual, a ese grito reaccionario de ¡Viva la muerte, abajo la inteligencia! no dejé de escribir nunca más; escribo contra la exigencia y contra el dogmatismo, porque cuando lo hago habla aquello que la ideología no deja decir, y escribo por placer.

—«Antífona del otoño en el Valle del Bierzo» es la tercera de sus obras que ha visto la luz. ¿Qué diferencias presenta con relación a las otras dos?

—«Antífona» fue escrita en el mes de agosto pasado, cuando yo estaba disfrutando de mis vacaciones de invierno en una casa que un amigo mío tiene en Chile, cerca del Pacífico. Contemplando el mar, recordé una lección de Geografía impartida cuando yo era muy joven por D. Gumersindo, mi profesor de entonces, en la que decía: «quién no conoce el mar que se levante», y no lo conocíamos nadie. Con este recuerdo surgió el hilo de evocación que dio como resultado el libro, escuché el Antífona «la voz que me responde». En 1980 fue editado en Barcelona «Siete poemas escritos junto a la lluvia», en 1983 la Colección Provincia de León publicó «La visita de Safo», y ahora será editado el galardonado con el «Adonais». En el camino se han quedado dos poemarios inéditos, condenados a la soledad de cajón porque hasta ahora no se han exigido salir a la luz.

EN CHILE

En «La visita de Safo», se

trataba la atracción apasionada de los cuerpos, la fuerza del deseo, el goce de los sentidos, era la poética del placer, la de los cuerpos adolescentes perdidos en el erotismo de la hierba. «Antífona» es la voz que responde desde los sepulcros, es una crónica histórica arrebatada y mística si se quiere, la voz de este pueblo que se manifiesta en los versos, en los que yo hago voluntad de reconocimiento de esta piedra de Villafranca que me salpicó con su luz al nacer, y por el que desfila no sólo la lluvia, sino ese largo aliento de recuperación de las raíces, de la cultura, de la adolescencia, el tiempo perdido, la memoria de las cosas.

—Su residencia habitual, está fijada desde hace algunos años en Chile, ¿por qué se fue usted a este país sudamericano y a que se dedica allí?

—Porque mi mujer, Alexandra, vivió desde siempre en Concepción, y vino a España cuando la Facultad de Ciencias de la Información de esta localidad fue cerrada en 1973 a raíz del golpe militar. Yo conocí a mi compañera en la facultad de Barcelona, donde yo estudiaba Periodismo. Nos casamos, y ella quería volver a su país. Regresamos hace tres años para quedarnos tan solo tres meses y aún seguimos allá, donde Alexandra tiene montado su estudio de pintora, y yo trabajo en el área de difusión de la Universidad de Concepción, que comprende una orquesta sinfónica, coro, pinacoteca, radio, teatro y otras actividades culturales. Mi departamento planifica la actividad cultural que es el eje dina-

mizador de toda la vida cultural del sur de Chile, en una ciudad como Concepción, que goza de una gran tradición literaria, en la que viven grandes escritores y pintores en una suerte de isla libertaria.

—Imagino que ser poeta o escritor en Chile tiene que ser muy difícil por los problemas de censura existentes en el país y que no propiciaron la edición de libros. ¿Se registra sin embargo una buena actividad cultural, existe una actividad cultural real?

—Es cierto que en Chile hay mucha tiniebla, no se publica, las persianas de la historia de la Literatura están bajadas. Sin

embargo en Concepción hay un grupo de poetas del Sur que es obligatorio destacar y que cuenta con voces como las de Jorge Mendoza, Tulio Mendoza, Carlos y Eduardo Maisner, este último con un libro recién publicado «La domesticación de los pájaros», magnífico a mi entender. Concepción es la capital cultural del Sur de Chile gracias a estos hombres; el número de recitales, presentaciones y ediciones artesanales es innumerable, como muchos son los talleres de poesía en los que encuentran los poetas noche a noche para resistir con la inteligencia de su obra la oscuridad del medio.

F. Mompou, poesía de la música

Angel Barja

Federico Mompou cumplirá noventa y tres años el próximo día 16 de abril. Su edad avanzada y su delicado estado de salud hacen que viva rodeado de cuidados, admirablemente atendido por su esposa y arropado por el cariño de muchos amigos. Vamos a hablar de él una vez más, por tratarse de uno de los músicos más exquisitos de nuestro tiempo, aunque son muchas las personas que todavía no conocen su música.

Mompou nació en Barcelona el 16 de abril de 1893 y se inclinó rápidamente hacia la música. Su primer contacto con ella se produjo a través del piano, tanto por su gran amor a este instrumento —que tocó por primera vez en público a sus quince años— como por haber sido el piano el vehículo de su vocación compositiva desde los primeros años de su vida.

La formación musical de Mompou fue eminentemente parisina, si se tiene en cuenta que residió largos años en la capital francesa, ya desde 1911. En este sentido, puede hablarse de influencia francesa sobre su música, especialmente por parte de Debussy, Eric Satie y, en menor medida, del llamado «grupo de los seis». Pero digamos rápidamente que esta influencia se reduce al campo de la orientación del lenguaje, a la búsqueda de la intimidad, las pequeñas formas y la huida de la grandilocuencia, en fuerte contraste con los restos de ampulosidad de origen wagneriano todavía vigentes en ciertas músicas de los primeros decenios del siglo XX.

Aunque Federico Mompou se hizo célebre en París como intérprete de sus propias obras e incluso existen grabaciones donde él se interpreta a sí mismo, el músico catalán abandonó casi del todo el concertismo para dedicarse exclusivamente a la composición. Llama la atención a este propósito, la lentitud con que Federico Mompou parece haber escrito la mayor parte

de sus obras. Esto, que en otros compositores podría obedecer a dificultades de creación, lo atribuímos nosotros al modo de trabajar de Mompou, es decir, a su oficio de orfebre, cuyo material es tratado con mimo, sobriedad y alta artesanía, cosas todas que eliminan la gran tentación de la prisa.

La mayor parte de la música de Federico Mompou está escrita para piano. En él encontró el músico su cosmos sonoro más puro y verdadero. He aquí sus títulos: «Impresiones íntimas» (1914), «Pessebres» (1917), «Suburbios» (1917), «Escenas de niños» (1918), «Cants magics» (1919), «Fiestas lejanas» (1920), «Tres variaciones» (1921), «Charmes» (1921), «Preludios» (1927-1944), «Canciones y danzas» (1927-1962), «Paisajes» (1942-1960), «Música callada» (1959-1967), y otros.

Otro bloque de obras de Mompou está formado por su música para canto y piano: «L'hora grisa» (1915), «Cuatro melodías» (1925), «Combat del somni» (1942-1951), «Becquerianas» (1971), etc. También escribió obras para guitarra, como la «Suite compostelana» (1962) y «Canción y danza XIII».

Dentro de la música Coral, citamos el «Cantar del alma» (1951), para solos, coro y órgano, además de la hermosa y espiritual obra «Improprios» (1963) para solos, coro y orquesta, sobre textos latinos de la liturgia católica de Semana Santa. Puede parecer extraño que un compositor de la calidad de Federico Mompou haya escrito tan pocas veces para la orquesta. La última razón habría que preguntársela a él. Quizá no la necesitó para expresarse musicalmente, como no la necesitó Chopin, por ejemplo. O quizá prefirió claramente un lenguaje camerístico y esencial, como ocurre con muchos poetas, que vierten su mundo poético en cauces formales mínimos.

Esta referencia a los poetas nos lleva a definir la

esencia de la música de Mompou: Visión poética del mundo a través del sonido. No del mundo externo como tal, sino de aquello que hace eco en el interior del artista y es correspondido por éste en forma de arte. En el caso de Mompou, la poesía de las cosas más sencillas —un paisaje, un carro, la nostalgia, la soledad— es transformada en sonidos, por lo que puede decirse que su música empieza donde termina la poesía.

Es de suma importancia el talante espiritual mantenido por Mompou frente a la creación artística, talante que podría definirse como libertad soberana ante la contingencia de las tendencias estéticas. Efectivamente, Federico Mompou nunca se preocupó por escribir música teniendo en cuenta los cánones preestablecidos, experimentales o cualesquiera fuesen. El escribió la música que su oído entendía como significativa, válida o cargada de emoción humana. No existe en él la más pequeña vanidad o inutilidad de escritura, antes bien organiza los sonidos, simultánea y sucesivamente, de forma personal y en función del destino musical y poético que les asigna. Ni siquiera tuvo prejuicios ante ciertos datos folklóricos, datos que, en él, son solamente un punto de contacto con las raíces del corazón del hombre incontaminado.

En 1979 se le concedió el Premio Nacional de Música en atención al significado de su obra total. Nos permitimos citar lo que en aquella fecha escribíamos: «Mompou renunció a la retórica en favor de la lírica, a la vanidad en favor de la verdad, a la palabra excesiva en favor del justo silencio... Miniatura es su arte, medieval misticismo, modernísima dulzura. El piano se vuelve milagro densísimo en el lenguaje casto y entrañable de Mompou, se vuelve luz de amanecer o perfume de tierra alta, o secreto río que no conoce la limitación de la orilla».

LITERATURA INFANTIL Julio Verne

Alfonso García

Tal día como ayer de hace más de siglo y medio nació en Nantes Julio Verne, que llegó a ser el novelista más leído del mundo, traducido, por supuesto, a todos los idiomas, y punto de referencia de millones de jóvenes que han aprendido a soñar y a deleitarse literariamente en sus obras.

Al recordar este nacimiento, he querido su presencia no para traer a este rincón una reseña biográfica y un elenco de su obra, algunos de cuyos títulos son más que suficientemente conocidos. No para eso. Especialmente para basar en su figura un par de sencillas reflexiones.

Es cierto que Julio Verne sigue ejerciendo, especialmente entre los jóvenes lectores, una poderosa atracción. Incluso me atrevería a asegurar que su cotización está en puertas de subida. Y esto fundamentalmente porque se empiezan a conocer otras obras, menos o mal traducidas, y por tanto, divulgadas, que en poco pueden ir a la zaga de las que todos hemos ya leído, incluso releído, y que tienen la etiqueta de clásicos, en la línea del cientifismo de su época y de la anticipación imaginativa de los progresos que, más tarde, realizaría la Ciencia. Me parece que este año será no sólo el año en que aparecerán muchas obras de Verne, sino que el hecho estaría en la ya apreciable línea de revalorización de los llamados clásicos juveniles.

Este hecho, por otra parte, obedece a razones concretas. En el caso que nos ocupa, el poder de la imaginación.

A pesar de que algunos cuestionaban su calidad literaria —a veces por ser popular—, la razón de su atractivo reside en que es el escritor que predice el futuro, con muchas pinceladas de fantasía por supuesto, lo que generó la ansiedad por el saber científico que despertaba en sus jóvenes lectores. Suele afirmarse que Verne lo imaginó todo sin moverse de la mesa de trabajo. Voló a la luna, viajó en globo, descendió al fondo del mar y el de la tierra no tuvo secretos para él. Y todo ello es el resultado de una poderosa imaginación, pero también de una curiosidad insaciable, lo que atestigua su personalidad de hombre que vive las inquietudes científicas de su época.

Imaginación más curiosidad. O viceversa. Los detractores de aquella, que también hoy existen, posiblemente no comprendan —quizá no quieran comprender— que parte de los avances del futuro dependen de la capacidad de imaginarios. La técnica y la ciencia se encargarán de hacer que los sueños y las visiones dejen de serlo. Pero —y recurro a Perogrullo— difícilmente pueden ser realidad si alguien antes no los soñó o maginó reales.

Al margen del entretenimiento —leer para divertirse es principio fundamental— este es un significativo perfil de Julio Verne. Por eso es conveniente, recordando su lejano nacimiento, leer alguno de sus títulos. Por eso creo que estamos en la línea de partida en que la figura del genial novelista francés ha de crecer con nueva fuerza.